

BROMAS —Y VERAS— EPIGRÁFICAS: LARRAMENDI Y ERRO

Javier VELAZA
Universidad de Barcelona


Se trata en este trabajo de una supuesta inscripción vasco-ibérica que el padre Larramendi puso en su Diccionario trilingüe, de cómo Mayans la condenó y cómo la imitó Erro.

Palabras Clave: Epigrafía, vasco-iberismo, Larramendi, Mayans, Erro, Paleo-hispanística.

Epigraphic Jokes – and Truths: LARRAMENDI AND ERRO

This paper discusses a supposed Basque-Iberic inscription that Father Larramendi included in his tri-lingual Dictionary, how Mayans denounced it and how Erro imitated it.

Key Words: Epigraphy, Basque-Iberism, Larramendi, Mayans, Erro, Archaeo-Iberian Philology.

 Al dar a la luz en 1745 su *Diccionario trilingüe castellano, bascuence y latín*, el jesuita Padre Manuel de Larramendi no oculta que su intento lexicográfico parte del mismo fundamento y con idéntico objetivo que sus dos obras anteriormente publicadas, *De la antigüedad y universalidad del Bascuence en España* (1728) y *El Imposible vencido. Arte de la lengua vascongada* (1729), a saber, el de defender la antigüedad y primacía de la lengua vasca (Sobre la obra de Larramendi pueden verse Michelena 1959; Tovar 1980; en especial sobre el *Diccionario* es de interés Lakarra 1985):

“Quiero antes hablar despacio del Bascuence, demostrando sus ventajas y perfecciones y el estado que hoy tiene en sus dialectos; quiero vindicarlo de objeciones y calumnias que le pone la ignorancia y pasión; quiero asegurarle la gloria de haber sido la lengua primitiva y universal de España; y quiero en fin hacer su apología contra los que le han querido sin razón despojar de esta estimable prerrogativa”.

El “despacio” de Larramendi se resuelve en doscientas veintinueve densas

páginas de un Prólogo en el que su infatigable espíritu de polemista despliega todo tipo de argumentos y contraargumentos para demostrar la bondad de su convicción. De entre todos ellos espigaremos aquí uno entre divertido e irónico que, al ser mal comprendido por algunos autores posteriores, ha dado origen a una cierta confusión que conviene disipar.

La segunda parte del Prólogo, consagrada a probar la antigüedad del Bascuence —en grafía del autor— reza en su capítulo VIII:

Pruébase con monumento positivo y antiquísimo que el Bascuence es la Lengua Primitiva de España.

Al leer este título, empezarán a sonreírse los modernos y dirán: "Aquí tenemos fijamente algún Cronicón supuesto de aquellos que aún hoy día va forjando el celo y devoción a las Antigüedades de España". No es eso. El monumento es una lámina o tabla de metal no conocido, que se halló en la cuesta que llaman de Buenavista, sobre el Puerto de Santa María. Tiene dos varas de largo y algo menos que dos tercias de ancho. Por el peso y sonido se conoció que era de metal, aun antes que la roña pudiese dar paso a la vista. Empezaron a descostrarla y en los saltos interrumpidos del descostrador conocieron que estaba el tablón escrito y así apareció después que quedó limpio y terso. Los caracteres son grandes y de talla sobresaliente, aunque algunos están gastados. A la novedad concurrió multitud de eruditos y anticuarios, que hicieron grandes discursos sobre aquel hallazgo. Los caracteres eran incógnitos y sin afinidad con los que tenían a la vista de otras lenguas para la comparación; y después de grandes conferencias concluyeron que aquella lámina era de siglos más antiguos en España que los Romanos, Cartagineses, Griegos y Fenicios, y también la lengua en que estaban aquellas voces y caracteres.

Nótese que Larramendi comienza el pasaje con una irónica alusión al ambiente de falsificaciones —epigráficas y no— que es común a su siglo y a los anteriores, y que concreta en la alusión a los (falsos) cronicones. Pero inmediatamente nos dice un "No es eso", que de momento el lector interpreta como una declaración de autenticidad de lo que se dirá a continuación —y que sólo mucho más adelante, anticipo, revelará su carácter de doble sentido y de trampa argumental que en realidad tiene. Pasa a continuación a describir —con rigor propio de los más preclaros epigrafistas de su época— una inscripción presuntamente hallada en el Puerto de Santa María: soporte, medidas, estado de hallazgo, tipo de letra. A lo que parece, los signos son desconocidos, pero pronto sabremos cómo fueron descifrados:

Pero quiso la fortuna que uno más curioso, observando más y más

aquellos caracteres incógnitos, reparó que todos tenían alguna figura matemática, y no mal formada, y haciendo mil combinaciones sacó en fin el alfabeto que correspondía a aquellos caracteres y a su lengua, y no se ponen aquí por falta de moldes en la imprenta. Averiguado, en fin, el alfabeto, lo que está escrito en aquella lámina es lo siguiente en nuestras letras:

GUR. EGUILL. AND.
 BER. MEN. ESCAL. MNAST. OL
 SEN. AU. JAS. D. GU. ERDALD.
 LENB. SART. Z. NEAN. OND. AD.
 ARAZ. BAT. ETA. BEN. GUR. LA.
 EC. EZ. ARR. BEC. AMB. JAIN.
 GUEZ. TA IRR. RRI.

Luego que salió este letrero y se publicó entre los eruditos anticuarios, se hizo diligencia para saber en qué lengua estaba, y se vio demostrativamente que no tenía nada de otras lenguas y que únicamente era de la que hoy llamamos Bascuence; y leídas las abreviaturas, dice así: *Gure eguille andiari, bere meneco Escaldunac menast ol sendo au jasotzen diogu Erdaldunac lembician sartu zaizcunean; ondochoai adiarazteco, bati, eta benaz gurtzen gatzazcala, ecen ez arrotzoc becala, ambeste Jainco guerzurrezco, ta irri garriri*. Traducido en castellano quiere decir: "A nuestro gran Hacedor, los Escaldunes de su mano y sujeción le erigimos esta tabla sólida de metal, al tiempo que se nos han entrado la primera vez los extranjeros de diferente lengua; para dar a entender a nuestros venideros que adoramos y muy de veras a uno solo, y no como estos huéspedes a tantos mentirosos y ridículos Dioses".

Como era de esperar, la inscripción estaba escrita en lengua vasca. Las palabras del texto aparecen en todos los casos abreviadas —un recurso sibilino para esquivar la espinosa cuestión de cuál fuese su forma antigua y su relación con los dialectos modernos— y en algunos tan abreviadísimas que es maravilla cómo pudieron resolverse. Y el contenido del texto, naturalmente, declara el carácter monoteísta de los Escaldunes, un tópico de la historiografía vasca en el que no hace falta insistir. Comprendida la inscripción, Larramendi nos detalla ahora los debates que se sucedieron entre los eruditos:

Aquí fueron de oír los comentarios eruditos e ingeniosos de unos y otros; verbigracia dijo uno: "¿En Buenavista y junto al Puerto de Santa María una lámina tan prodigiosa de metal a quien llama el letrero *Mnasta* o *menasta*? Ése es el verdadero origen de haberse llamado aquella ciudad en tiempos antiquísimos *Puerto de*

Mnesteo, y no el que hasta ahora se ha creído: porque de un trofeo tan insigne del culto y religión del Dios verdadero, que para enseñanza de los venideros erigieron los primitivos Españoles, no es mucho que fuese celebrada la ciudad en que estaba erigido". Y se confirmó cuando le dijeron que *menasté* en Bascuence era el metal y tenía significación oportuna, y que quería decir *vena* o *mineral mezclado*, de *mea* 'vena, mineral' y de *nastá, nastua* 'mezclado'; y aquella lámina insigne tendría mucho más de esto.

No hubo Martís, no Mayanses, no Diaristas, que al ver la lámina con sus señas de antigüedad y sus caracteres incógnitos no exclamasen que eran de los primitivos españoles lámina, lengua, caracteres. Hallarse solamente en España, y no en parte alguna, por más que se habían solicitado noticias de todos los eruditos de otros Reinos. No divisarse rastro ninguno de suposición y engaño. No ser caracteres de Romanos, Godos, Árabes, Griegos, Fenicios ni de otras naciones, no sólo de las que vinieron a España, pero ni aun de las que nunca han venido. No haber nacido por arte mágica, ni de milagro en Buenavista una lámina tan insigne. Todas estas circunstancias pusieron en precisión a todos los sabios y eruditos de creer y publicar sin escrúpulo alguno que eran letras, lengua y lámina de los primitivos españoles. Pero apenas por medio del alfabeto discurrido vieron descifrado en Bascuence el letrado, cuando semi-atónitos unos retrataron su primera opinión, otros condenaron de ligereza su creencia, aquellos negaron la correspondencia del letrado y éstos lo dieron todo por fábula y sueño, descubriendo sin rebozo su finísima pasión.

Todos los estudiosos aceptan primero la autenticidad de la pieza, la genuinidad de los signos y su pertenencia a la primitiva lengua de España; mas, al constatar que el texto está escrito en vascuence, corren todos a retratarse. Larramendi alude aquí indirectamente al Deán Martí y, por supuesto, a Mayans, en quienes personifica las corrientes críticas imperantes en la época. Naturalmente Martí, que había muerto en 1737, no podía ya replicar. Pero Mayans, cuyo ímpetu polemista no era menor que el de Larramendi, no se contendría en hacerlo (sobre las polémicas entre Larramendi y Mayans véase Tovar 1980: 76–95):

"Quien afirma haber leído una lámina de un metal desconocido escrito en caracteres desconocidos más antiguos que los romanos, cartagineses, griegos y fenicios, no dudo que hubiera leído también el libro de Henoch, en caso de que hoy existiera." (Mayans 1999: 96)

Mayans había caído en la trampa de Larramendi. De su forma de expresar-

se se desprende que no había seguido leyendo el texto del jesuita de Andoain o, sencillamente, que no le había comprendido correctamente. Porque el texto de Larramendi sigue así:

La descripción de este monumento es puramente parábola, como muy desde el principio lo habrán reparado todos; pero una parábola vivísima y que pone delante de los ojos la verdad que nosotros pretendemos y aseguramos, y la poca justicia y mucha pasión con que nos la disputan nuestros contrarios. Para persuadirles que el Bascuence es lengua primitiva de España, les presentamos a la vista un monumento antiquísimo con las mismas señas, y aún más eficaces, que tiene el *Menasta* o lámina de la parábola. He aquí una nación entera que llamamos Vascongada, y antiquísima innegablemente en España. No se halla tal nación en otro rincón del mundo, por cuantas diligencias se han hecho. No es monumento capaz siquiera de suposición y engaño. No son su lengua y voces de los Romanos, Godos, Árabes, Griegos, Fenicios, ni de otras naciones que han venido a España después de su primera población, ni de otras que aun no han venido, como se ha hecho evidente por el cotejo. No ha nacido esta nación por arte mágica ni de milagro en España. Pues, ¿qué señas le faltan para aclamarla nación de la primitiva España y su lengua la primitiva de España? Una lámina sepultada por muchos siglos, aún más que en la tierra, en un olvido profundo, desenterrada por casualidad en nuestros días, es monumento convincente por sus indicios de que es, como también sus caracteres y lengua, de la primitiva España; y una nación entera, viva siempre y floreciente a vista de todo el mundo en España, con los mismos, y aún mejores y más fuertes indicios, ¿no ha de ser monumento suficiente para que se crea que es nación y lengua de la primitiva España? Aquí llamo yo a la equidad del discurso y a los que la siguen; y todos sin excepción alguna me responden que uno y otro monumento concluyen a favor de la antigüedad del Bascuence en España, y sólo unos pocos, que siguen otros impulsos, me responden que concluyen si hablan de otra nación, pero no si hablan de la nación Vascongada y de su lengua. Pero éstos ya no merecen respuesta.

Dejando monumentos de parábola...

En efecto, todo ha sido una parábola. La inscripción no es una invención real de Larramendi, ni se debe tomar a éste por falsario (*vide* Almagro 2008: 25–27). No pretende que nadie la dé por buena, sino que se valore qué tendría más peso argumental, si la eventual existencia de un epígrafe de esas características o, lo que él esgrime como su principal razón, esto

es, la existencia de un pueblo y una lengua vascos.

Pero el episodio de esta inscripción no acaba aquí. En 1806, otro paladín del vascoiberismo, el político absolutista Juan Bautista Erro y Azpíroz, publicará su *Alfabeto de la lengua primitiva de España*. Precediendo al capítulo primero de la obra, la única edición española incluye una ilustración a la que, hasta donde yo sé, apenas si se ha prestado atención:



Como puede verse, representa a una serie de personajes ataviados *more turquesco* copiando una inscripción en caracteres ibéricos y discutiendo sobre ella. Es difícil no recordar, cuando se contempla la escena, la que narraba Larramendi, con la diferencia de que aquí se trata de un monumento en piedra. Confieso que la ilustración —que lleva la signatura *Mariani sc*— me ha atraído desde siempre, pero cometía el error de leer el texto del presunto epígrafe con las equivalencias modernas de los signos, lo que resultaba en una secuencia sin sentido y me llevaba a suponer que podía tratarse únicamente de una composición aleatoria. Sin embargo, hay que reparar en que Erro postulaba un sistema *sui generis* de transcripción del signario, en el que los signos tenían un valor por sí mismos pero podrían ir determinados en su vocalización por “juclas”, a lo que hay que añadir que algunos tenían valor de nexos. Pues bien, si aplicamos este sistema al texto de la ilustración, su transcripción sería:

*Bere Ia(i)nkori
Euskal errik*

que vendría a valer por “El pueblo vasco, a su dios”. La equivalencia de la segunda palabra podría ser *Iankori*, pero dado el complejo sistema de transcripción que propugna Erro para los signos que él considera derivados de la **n**, no es imposible que él pensara en *Iaunkori*.

Lo que parece más verosímil, efectivamente, es que Erro se inspirase en la inscripción de Larramendi a la hora de crear esta versión, muy resumida —aunque equivalente en el contenido— pero dotada de la gracia de su plasmación visual. Erro no hizo mención a ella ni una sola vez en su libro, y la ilustración no figura ni en la traducción al inglés de George W. Erving (Boston 1829) ni en la francesa de Eloi Johanneau (*s. l., s. d.*). * ۞ ۞

*🙏🙏🙏 Agradezco sinceramente a Joaquín Gorrochategui que haya leído el manuscrito de este trabajo y que lo haya enriquecido con sus sugerencias.

Referencias

M. Almagro, *Los orígenes de los vascos*, Madrid 2008.

J.A. Lakarra, "Larramendiren Histegintzaz inguruan", *Anuario del Seminario de Filología Vasca "Julio de Urquijo"*, 19 (1985) 11–50.

G. Mayans i Siscar, G., *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam*, 1756 (= L. Abad y J. M. Abascal edd., *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 4, Madrid 1999).

L. Michelena, *La obra del P. Manuel de Larramendi*, Oviedo 1959.

A. Tovar, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid 1980.